

POLITIZACIÓN Y SOLUCIONES POLÍTICAS*

Jacques Ellul

Es muy común en la actualidad decir que todo es político. Sólo recientemente se nos ha recordado que la politización es “denunciada tanto por los moralistas oficiales como por la gente buena”.(1) Pero, ¿qué es la politización? Se nos han presentado dos de sus dimensiones: la politización está representada por la importancia y la creciente frecuencia de los debates ideológicos; y se manifiesta por la tendencia a tratar los problemas sociales existentes en el mundo de acuerdo con modelos y procedimientos del mundo político.

A pesar de que estas dos características forman parte, ciertamente, del fenómeno de politización, son demasiado limitadas y específicas como para constituir una descripción acabada. Es cierto que uno de los aspectos de la politización en nuestra sociedad es el volumen del debate ideológico, del conflicto doctrinal, de la argumentación sistemática de acuerdo con ciertas líneas. Pero la politización también existe en países donde los debates ideológicos no ocupan un lugar preponderante; además debemos preguntarnos por qué han aumentado estos debates ideológicos y cuál es la actitud de la gente con respecto a los asuntos políticos, y no precisamente acerca de una doctrina u otra. Por otra parte, también es verdad que existe una tendencia a tratar todos los problemas sociales dentro del marco del procedimiento de la política, es decir, con debates, conferencias, etcétera. Pero este punto de vista sobre la politización es extremadamente estrecho y limitado, ya que debe establecerse en primer lugar que todos los problemas se han convertido en la actualidad en problemas políticos. No es sólo una cuestión de procedimientos políticos aceptados que se aplican a cuestiones que a primera vista no parecen políticas. La verdad es que estas cuestiones se encuentran ahora en el ámbito de la política, y se les aplican procedimientos políticos porque se han convertido en parte esencial de los asuntos políticos.(2)

El elemento fundamental que debe tenerse en cuenta si deseamos comprender el fenómeno total de la politización es un hecho que, si no es la causa, es al menos la fuerza propulsora de este fenómeno. Se trata del crecimiento del Estado mismo. La acción del gobierno se aplica a un número constantemente creciente de ámbitos. Los medios a través de los cuales puede actuar el Estado están en continuo crecimiento, así como lo están su personal y sus funciones. Sus responsabilidades aumentan, Esto va acompañado de una centralización inevitable y de la organización total de la sociedad en manos del Estado.

La nación estado es la realidad más importante en nuestros tiempos. En el mundo de hoy es mucho más fundamental que la realidad económica. En la actualidad el Estado dirige la economía. Sin duda, debe tomar en cuenta los factores económicos. La economía no es un objeto inerte en manos de un mandatario arbitrario y caprichoso. Pero el mandatario versado en técnicas económicas determina la economía en un grado mayor de lo que la economía determina al Estado. Éste no es una mera superestructura. El análisis marxista fue válido sólo en el siglo XIX, cuando el surgimiento del poder económico descontrolado y explosivo relegó a su mínima expresión un Estado débil, (íbera{ y dudosamente delineado y lo subyugó. Pero en la actualidad el fenómeno social principal es el Estado, cada vez más amplio, cada vez más seguro y convertido en el centro de atracción. Por supuesto, Lenin sabía muy bien que cada revolución debía ser política, pero en su última carta (su “Testamento”) admitió que el surgimiento, la evolución y la permanencia del Estado soviético era para él un fenómeno sorprendente y perturbador. No fue como resultado de una crisis, de un accidente o de una necesidad ingrata en la búsqueda de los más elevados objetivos que el Estado soviético se hizo cada vez más poderoso, a pesar de que, desde los tiempos de

Krushchev, su poder pareció reducirse. Sólo los que poseen una convicción profunda pueden aún aceptar el dogma del “proceso de deterioro” del Estado; en la actualidad parece ser evidente que el interés del Estado soviético en la administración de todas las cosas no significa en modo alguno su decadencia sino, por lo contrario, que se ha tornado absoluto. Esta evolución podría tener lugar sólo como resultado de la necesidad de adaptación del hombre, que es el objetivo de toda propaganda. En esta ratificación de su poder, el Estado soviético no satisface un destino especial. La sociedad soviética no evoluciona según leyes especiales, y la transición al socialismo no ha modificado tendencias sociopolíticas generales. Lo que vemos en ella es el desarrollo general del Estado en nuestros días, su crecimiento y estructura. Sin duda, somos conscientes de todas las diferencias que pueden existir entre el Estado soviético y el Estado norteamericano, el británico o el francés. Existen diferencias jurídicas, diferencias de práctica e intención. Pero, pese a que existen, tienen escasa importancia si se las compara con aspectos similares, y particularmente con la tendencia general. Hay más diferencias entre el Estado norteamericano de 1910 y el de 1960 a pesar de la igualdad constitucional que entre este último y el Estado soviético (no obstante las diferencias constitucionales).

La idea de que el Estado se ha convertido en un fenómeno en sí mismo el más importante en nuestra sociedad aún aparece en el bien conocido análisis de ciertos marxistas acerca del surgimiento de una tercera clase (la burocracia, los grandes cuadros militares, los principales técnicos), la clase de aquellos que poseen el poder político real. El hecho de que este poder político eventualmente creó su propia clase quizá sea el signo más revelador de la toma del poder de la sociedad por parte del Estado⁽³⁾ y en nuestros días la captación del individuo por parte de los poderes políticos es mucho más grave y mucho más decisiva que la alienación económica. Lo corriente es la sustitución fraudulenta de la esclavitud económica por la esclavitud política.

En la actualidad el principal problema es el ciudadano en las garras del poder político. Por un lado podemos sentirnos tranquilos, ya que aquí volvemos a los problemas conocidos y siempre debatidos por los hombres políticos los filósofos: ¿la relación del hombre con el poder del Estado? Evoquemos a Platón y a Montesquieu para que colaboren con nosotros. ¿El Estado está absorbiendo el poder del individuo? Apelemos a Hobbes y a Rousseau. Pero quiero destacar que, además de las reflexiones que se acostumbra hacer sobre la naturaleza del poder la cual no se le presta suficiente atención en la actualidad, debe tenerse en cuenta la singularidad de nuestra situación. Los datos específicos del problema se han modificado y la filosofía política del pasado poco puede ayudar. Considero que existe una zona intermedia; hasta ahora poco explorada, entre la zona estudiada por los científicos políticos, que a menudo permanecen en la superficie de los acontecimientos, y la zona del pensamiento político puro casi podría decirse metafísica política, que tiene una cierta permanencia. Trataré de mantenerme en ella.

El otro elemento (el primero es el crecimiento del Estado) que condiciona y determina la politización de la sociedad es el aumento de la participación del individuo en la vida Política. Es una consecuencia doctrinaria de la democracia (de diversos arreglos, en diferentes Estados repúblicanos, del crecimiento demográfico que sitúa a las masas más cerca del poder, de la mayor rapidez en las comunicaciones, del desarrollo en la educación y, por último, del hecho de que las decisiones del Estado interesan cada vez más a todos, y de que para éste su legitimidad sólo deriva del apoyo expreso del pueblo). Éstas son las razones de la participación cada vez mayor y de los síntomas de ésta.⁽⁴⁾

Todo esto conforma un sólido cuerpo de pruebas. Pero hay que destacar un hecho que hasta ahora no se ha considerado suficientemente. Se acepta que desde el siglo XVIII la participación del individuo en los asuntos políticos ha aumentado. Pero mientras que esto se admite en forma general (antes del siglo XVIII esa participación era escasa en Occidente), casi siempre se omite el

corolario: excepto en raras ocasiones, los asuntos políticos en y por sí mismos, y a los ojos del hombre, tenían poca importancia en tiempos pasados. En vista del hecho de que nosotros juzgamos todo en relación con los asuntos políticos, esto parece increíble. ¿Cómo podemos admitir que siglos atrás los asuntos políticos no fueran un tema de interés, discutido con pasión, que la falta de participación pública no fuera tanto la consecuencia del carácter autocrático de los regímenes prevaletentes sino el resultado de la gran indiferencia por parte del público? No obstante, parece que durante centurias los asuntos políticos, excepto en raras ocasiones, fueron muy poco movilizados, apenas preocuparon a especialistas en un tema específico o constituyeron un juego de príncipes que afectaba a un número muy limitado de individuos. Las verdaderas revoluciones políticas fueron revueltas palaciegas y, cuando ocurrieron, las masas no eran más que extras o decorados escenográficos. De cualquier manera, aunque esta afirmación no parezca demasiado verdadera, la participación activa de las masas en los asuntos políticos es un fenómeno nuevo.

Considerarlo todo desde el punto de vista político, ocultarlo todo detrás de esta palabra (con los intelectuales bajo la férula de Platón y de otros muchos), dejar todo en manos del Estado, apelar a él en todas las circunstancias, subordinar los problemas del individuo a los del grupo, creer que los asuntos políticos están al alcance de todos y que todos están capacitados para tratarlos: todos estos factores caracterizan la politización del hombre moderno y, como tales, conforman un mito. Después, éste se revela a sí mismo en creencias y, como consecuencia, produce fácilmente un cierto fervor religioso. No podemos concebir una sociedad que no esté dirigida por un Estado central omnipresente y omnipotente. Lo que antes soba ser una imagen utópica de la sociedad, en la que el Estado desempeñaba el papel de cerebro, no sólo ha sido aceptado ideológicamente en la actualidad sino que también se ha integrado profundamente en lo más hondo de nuestra conciencia. Si nos opusiéramos estaríamos radicalmente en desacuerdo con la tendencia imperante en nuestra sociedad, un castigo que en modo alguno podemos aceptar. Ya no podemos concebir una sociedad en la que la función política (por parte de la autoridad gubernamental) esté limitada por medios externos: hemos llegado a la idea monista del poder que detiene al poder. Ya no podemos concebir una sociedad con grupos autónomos “intermedios” o actividades divergentes. El papel principal de los asuntos políticos es uno de los supuestos sociológicos comunes compartidos por todos y que crecen en todos los países.

Consideramos obvio que todo debe estar sujeto sin reservas al poder del Estado; nos parecería extraordinario que alguna actividad escapara a él. La expansión de la intervención del Estado en todos los asuntos corre parejas exactamente con nuestra convicción de que las cosas deben ser así. Cualquier intento por parte de cualquier empresa, universidad o institución de caridad de permanecer independientes del Estado nos parece anacrónico. El Estado directamente encarna el bienestar común. Es el gran ordenador, el gran organizador, el centro en el cual convergen todas las voces y del cual surgen todas las soluciones razonables, equilibradas, imparciales, es decir, justas. Si por casualidad descubrimos que esto no es así, nos escandalizamos profundamente, ya que estamos muy acostumbrados a esta imagen de la perfección del Estado. Para nuestra conciencia normal no puede existir ningún otro núcleo de decisión en nuestro cuerpo social. Una vez más: lo que tiene mayor importancia no es el hecho de que el Estado sea el centro de nuestras vidas, sino nuestra aceptación espontánea y personal de ese hecho. Creemos que para que el mundo esté en orden, el Estado debe concentrar todos los poderes.

Por lo contrario, encontramos una actitud bastante curiosa entre ciertos psicólogos sociales que consideran todo fenómeno de autoridad, en cualquier nivel, en cualquier grupo o en cualquiera de las formas en que se manifieste, como si fuera nada más que un accidente cuyo paradigma es el Estado. Si un líder sobresale en un grupo, o si un padre ejerce su autoridad en la familia, o si un técnico se destaca en una empresa, el fenómeno de autoridades puesto fuera de su contexto

correspondiente y se lo hace remontar conceptualmente para aproximarlos al del Estado, de manera que todos las instancias de autoridad son microcosmos de la autoridad central.

El lugar que asignamos en nuestros corazones al Estado y a la actividad política nos lleva a una interpretación de la historia que nos hace considerarla principalmente historia política. Durante mucho tiempo sólo se tuvieron en cuenta los acontecimientos relacionados con imperios y naciones, sólo las guerras y las conquistas, sólo las revoluciones políticas. Indudablemente, esa concepción de la historia es obsoleta: ha sido reemplazada por la importancia atribuida a las estructuras políticas y administrativas. Una sociedad no tiene realidad para nosotros excepto en sus instituciones políticas, y dichas instituciones tienen prioridad sobre todas las otras a pesar de la importancia que se asigna a la historia económica y social). Sobre todo, no podemos evitar el extraño punto de vista de que la historia es en última instancia una función del Estado. La historia sólo merece el nombre de tal allí donde existe el Estado. La época merovingia nos resulta tan oscura únicamente porque el Estado no tenía trascendencia. La “Edad Media” es simplemente una época intermedia, un período sin nombre, sólo porque se desarrolla entre dos períodos en los cuales el Estado fue glorioso: el Imperio Romano y el absolutismo monárquico. Entre ambos tuvo lugar este interludio lamentable en el que la sociedad debe aparecer como informe a los ojos del historiador, porque no estaba dirigida desde una cumbre, animada por una sola voluntad u organizada en forma centralizada. Afortunadamente los reyes restauraron el Estado con mano de hierro. Francia volvió a convertirse en una propiedad valiosa y la superioridad de esa restauración contrastaba con la disolución desordenada del Sacro Imperio Romano Germánico. Sin duda por ser demócratas, nos oponemos al autoritarismo monárquico de Luis XIV. Pero en secreto sentimos por él cierta inclinación, porque él era El Estado.

Y estamos profundamente irritados con De Gaulle porque prometió pero no logró un Estado centralizado, imparcial, todopoderoso, tanto que sólo tendría que demostrar su poder sin ejercerlo: el Estado indiscutible y seguro que nos hubiera llenado de orgullo y paz espiritual. ¡Cuántas veces hemos leído y oído sobre los esfuerzos que por fin habrían de otorgar al Estado toda la autoridad necesaria! Somos unos pobres niños perdidos que parecemos haber olvidado ya cuáles serían los medios y el precio para lograrlo. Esta aspiración, esta asignación inconsciente al Estado del papel supremo nos lleva inmediatamente a considerar que todo está a su cargo. La pregunta surge una y otra vez, como una evidencia contra la que sería absurdo protestar: “Pero, después de todo, ¿existe algo que no sea político?”

Sin duda, si comenzamos por concebir a la sociedad como un todo, constituido por piezas muertas carentes de autonomía, que sólo ocupan un lugar activo en un sistema coherente, y únicamente cobran vida por el ímpetu supremo del poder político, entonces debemos aceptar la respuesta sugerida como evidente. Y es evidente para nosotros, contemporáneos. Pero debemos ser conscientes del hecho de que se basa en un prejuicio, en la adhesión aun preconcepto. Lo que vemos aquí es el resultado del proceso de politización en nosotros mismos: la introducción en nuestro inconsciente de la “verdad” de que un proceso en última instancia político rige nuestras vidas. Como consecuencia de ello, politizamos todo. Aquellas cuestiones que no son políticas deben entonces ser politizadas, porque nuestra estructura mental dictamina que todo es, en esencia, político. Esta idea no sólo está arraigada en la mente de las masas, sino que los intelectuales establecen que así debe ser y lo justifican. Por ejemplo, Talcott Parsons expresa lo siguiente: “Los asuntos políticos son el centro de integración de todos los elementos analíticos del sistema social y no uno de dichos elementos específicos”.(5)

Si el arte no forma parte de esto, es sólo porque no lo notamos. Para percibirlo más claramente sólo hay que animarse a atribuirle sentido o valor político, a hacer que el artista sienta que sus esfuerzos son vanos si no está “comprometido” o si no crea obras que puedan ser conocidas en todo

el mundo. Esta constante confusión entre los asuntos políticos y la sociedad es un fenómeno nuevo en la historia. Indudablemente, hubo algunos modelos anteriores: el Imperio Azteca, Egipto, quizá China y, hasta cierto punto, Roma. Pero debemos efectuar dos observaciones importantes: en aquellos días el Estado no contaba con los medios necesarios para poner en práctica sus intenciones. La masa del pueblo no ofrendaba su fe y su ideología al Estado en forma espontánea o, podríamos decir, ontológica. Si existía una religión aprobada por el Estado, no había comúnmente una religión del Estado (culto del Estado). En otras épocas, podía considerarse que un hombre estaba comprometido si tenía participación en la estructura y en la vida colectiva de su sociedad: en las artes, la ciencia, la religión, etcétera. Sin embargo, ahora ya no se lo considera “comprometido” a menos que las implicancias de su actividad sean directamente políticas.(6) Se piensa que no tiene valor participar en actividades no políticas que, no obstante, poseen una definida relación con nuestra sociedad. Un poeta que se limitara a su arte, sin firmar peticiones ni manifiestos, sería acusado inmediatamente de encerrarse en su torre de marfil, En la actualidad preferimos las obras políticas de Aristófanes a las de Esquilo, Tal como lo expresara la famosa y muy politizada actriz francesa Simone Signoret: “Queremos comunicar un mensaje al mundo”.

De acuerdo con esta tendencia general, los valores también se están politizando, tal como lo expresó Jean Baret, a nuestro criterio, todos los valores tienen una connotación política, de hecho, un contenido político, ¿Libertad? Pasamos de la discusión metafísica más confusa al concepto de los regímenes políticos, y de allí a una definición política de libertad, que a nuestro criterio es insignificante a menos que se incorpore en forma oficial a un régimen o que sea el fruto de una constitución, o esté representada por la participación de un ciudadano en el poder del Estado. Considerar que la libertad simplemente significa que el individuo puede escapar del poder del Estado y decidir por sí mismo el sentido de su vida y de sus obras parece en nuestros días una reacción simplista, ridícula y adolescente. Asimismo, la justicia ya no existe como una virtud personal o como el resultado más o menos logrado de la aplicación de la ley. Cuando se considera seriamente el concepto de justicia, lamentablemente la palabra justicia debe estar acompañada por algún adjetivo, especialmente el adjetivo “social”; es decir, se la considera política en última instancia, Le corresponde al Estado lograr que prevalezca la justicia: sólo existe justicia colectiva y las difíciles cuestiones planteadas por los filósofos del derecho de los siglos pasados no tienen más sentido para nosotros que la afirmación cristiana según la cual la justicia es la transformación milagrosa del individuo por la gracia de Dios. En la actualidad, los valores a los que no se les puede atribuir contenido político o que no pueden utilizarse para una actividad política ya no son tomados en serio.

De hecho, los valores ya no sirven como criterio para determinar el bien o el mal: las consideraciones políticas son ahora el valor preeminente, y todas las demás deben adaptarse a ellas, La política y sus consecuencias (el nacionalismo, por ejemplo) se han convertido en la piedra angular de lo que es bueno o de lo que representa el progreso. Se considera que los intereses políticos son inherentemente superiores, Para progresar en la sociedad de hoy el hombre debe participar en los asuntos políticos. ¡Cuántos artículos y declaraciones hemos leído sobre este tema! Por ejemplo, las mujeres se convierten finalmente en seres humanos cuando reciben “derechos políticos”, En la actualidad se considera un punto de vista reaccionario el que ve a la mujer, madre de familia, que ejerce profunda influencia sobre el desarrollo de sus hijos, como la verdadera creadora en última instancia, la auténtica fuerza de la cual surge toda política. Una persona que no cuenta con el derecho (en realidad mágico) de colocar una boleta en una urna no es nada, ni siquiera una persona. Progresar es recibir este poder, esta mítica participación en una soberanía teórica Que consiste en renunciar a las propias decisiones en beneficio de alguien que las tomará en

nuestro lugar. Progreso significa leer los periódicos. El científico político Rivet expresó en forma concluyente: “Un hombre que no puede leer un periódico[Rivet se refería a Africa] para estar informado no es un hombre”. ¡Qué extraña concepción de la humanidad! Esta es la trinidad política: “Información - Participación - Acción”. Éste es en la actualidad el orden del día y la naturaleza del progreso.

La gente lucha por lograr la democracia económica, porque espera que ésta le dé la oportunidad de expresar sus deseos en aquellos asuntos que la afectan más directamente, y esta democracia económica, a la que le preocupan las condiciones laborales, los canales de distribución, los requisitos de planeamiento, los precios y las tarifas cosas infinitamente concretas, se opone en la actualidad a la democracia política de otros tiempos, que hoy se considera meramente abstracta y teórica. Pero remontémonos doscientos años atrás. ¿Qué tenían en mente aquellos que clamaban por esta democracia política? Lograr un control directo y eficaz sobre la policía; no pagar impuestos, excepto aquellos que se habían convenido (que en ese entonces parecían una contribución voluntaria); no ir a la guerra a menos que se deseara hacerlo personalmente; poder expresar las propias ideas en forma libre y pública; para todas y cada una de las personas, poder formar la opinión pública e influir sobre ella. ¿Eran éstas cuestiones abstractas? De ninguna manera. Eran completamente precisas y concretas. Sabemos cuán importantes son esas cosas. Pero, excepción hecha de los ideólogos que sólo ven las cosas en sueños y en su imaginación, también sabemos que la democracia económica sufre en la actualidad un proceso de deterioro, en el mismo momento en que se la está construyendo, y que el poder atribuido a los “trabajadores” en Yugoslavia, la Unión Soviética o Francia sólo es teórico y aparente. El proceso por el cual, en el siglo XIX, las decisiones políticas se convirtieron en una mera abstracción se repite en forma idéntica, ante nuestros ojos, en relación con las decisiones económicas que ahora supuestamente se confían al individuo. La misma farsa ocurre en el ámbito de la economía, siempre con el pretexto de otorgarle poder al hombre en relación con el Estado. Pero primero debe comprenderse que, en el caso del Estado moderno, los poderes conferidos al individuo no son sino concesiones inocuas, meras atribuciones para apoyar lo que conviene al Estado, que es la suma de todo el bien social.

Sin embargo, las masas, que no participan realmente en los asuntos políticos, creen firmemente que así lo hacen; y además, convierten su participación ilusoria en su principal criterio de dignidad, personalidad, libertad. Las colonias se convierten en pueblos civilizados porque se unen a las Naciones Unidas; los africanos alcanzan la dignidad porque comparten el poder político; y, con toda solemnidad, los pensadores expresan: “Están entrando en la Historia”. Para ellos no hay historia sin política. (Quién podría no verse afectado por esa profunda politización) Sería ridículo alegar que la compleja organización social de los bantúes o la transformación de un continente por los manchurianos no forman parte de nuestra historia. Sin embargo, la más profunda convicción de nuestro tiempo es que esos pueblos sólo entran en la historia cuando comienzan a adaptar sus estructuras de Estado y su vida política al modelo occidental. Lo que realmente importa es la referencia a los asuntos políticos. Ahora, por fin, esos pueblos “se harán escuchar”.

Esta opinión, apenas exagerada, tiene su corolario: la severa condena a las “personas apolíticas”, En nuestra sociedad todo aquel que se mantiene aislado, que no participa en las elecciones, que considera que los debates políticos y las modificaciones constitucionales son superficiales y carecen de impacto real sobre los verdaderos problemas del hombre, que siente que la guerra de Argelia lo afecta profundamente, así como a sus hijos, pero no cree que las declaraciones, peticiones y votos logren mollificar los hechos, será juzgado muy severamente por la sociedad. Es el verdadero hereje de nuestro tiempo. Y la sociedad lo excomulga como la Iglesia medieval excomulgó a los hechiceros, Se lo considera un pesimista, un estúpido (porque no logra percibir en el juego político las leyes profundas y secretas de las costumbres), un derrotista que se deja

doblegar por el destino, un mal ciudadano: seguramente, si las cosas salen mal, la culpa es suya, porque si su civismo fuera mayor, el resultado del voto sería diferente (no basta con que vote el ochenta por ciento de los votantes; no, necesitamos el cien por ciento), y de esta manera la democracia sería más eficaz. Llueven sobre él opiniones adversas; se ponen en tela de juicio su eficiencia y su moralidad; incluso se cuestiona su salud psíquica (por supuesto, el hombre apolítico sufre cierto grado de paranoia o esquizofrenia). Finalmente, se le dicta la última condena de nuestra época: es un reaccionario.

Esto nos demuestra que el hombre en su totalidad es juzgado hoy en día en relación con los asuntos políticos, a los que se confiere el valor máximo. A nuestro criterio, todo se ha convertido en político y los asuntos políticos son el hito fundamental. Más allá de ellos no existe nada. Y los asuntos políticos sólo pueden juzgarse por medio de consideraciones políticas. Por supuesto, se puede decir que la política debería estar al servicio del hombre o de la economía, pero ello no resta importancia al hecho de que la grandeza del Estado, su poder para organizar y la participación del hombre en la sociedad *a través de canales políticos* son los símbolos principales de valor y los criterios fundamentales de nuestra época, que sustituyen a los símbolos y criterios religiosos del pasado.

Se llega necesariamente a las mismas conclusiones si se consideran no sólo los supuestos, los prejuicios y las motivaciones inconscientes del hombre moderno, sino también su actitud emocional consciente. A medida que este hombre participa en política, se ve animado por una pasión sin medida. En nuestra época el conflicto político se ha convertido definitivamente en la expresión fundamental de conflicto. Basta con haber estado en contacto con los fascistas en 1934, con los comunistas o con los partidarios de De Gaulle para comprender hasta qué punto los desacuerdos actuales con respecto a las formas de gobierno o a la Comunidad de Defensa Europea, u otras preocupaciones limitadas, son más fundamentales que el desacuerdo acerca de los fines últimos del hombre. Se celebra como un triunfo del espíritu el hecho de que los materialistas anticristianos y los cristianos fervientes colaboren unos con otros, que los intelectuales burgueses y los obreros de las fábricas participen en los mismos comités, que los fascistas y los musulmanes, o los cristianos y los musulmanes, trabajen conjuntamente en fraternal armonía. Pero habría que preguntarse, en primer lugar, cuáles es esta poderosa fuerza que hace que los hombres dejen de lado las diferencias raciales y de clases y que elimina los más violentos antagonismos metafísicos y religiosos. La respuesta es una sola: la política. Comparadas con una similitud de opiniones en favor o en contra de una decisión referente a alguna guerra, ¿cuán significativas pueden ser las diferencias sobre el sentido de la vida? Uno también debería preguntarse si las divisiones concomitantes no constituyen un precio muy alto por este hermoso acuerdo, celebrado con tal entusiasmo. De hecho, tales acuerdos sólo pueden instituirse a costa de la designación de un enemigo común un enemigo político y serán cada vez más estrechos a medida que se intensifique el odio hacia "el otro". Como resultado, los cristianos expulsarán de la iglesia a otros cristianos y los musulmanes asesinarán a otros musulmanes. Las disputas políticas son en nuestros días lo que en el siglo XVI eran las controversias entre cristianos. Pero, quizás, el hecho de saber si es realmente Cristo quien nos salva sea, en definitiva, mucho menos importante que la conclusión de un tratado o que la elección entre un estado de revolución permanente u otra forma de hacer las cosas.

Pero, ¿acaso la vida de millones de personas no depende de tales decisiones políticas? La respuesta es afirmativa dado que nuestra pasión política es la que genera tal dependencia. Pero no es indispensable que ésta exista. Las formas, conflictos, soluciones y problemas políticos no son trascendentales en sí mismos, o por la naturaleza de las cosas, sino por el aura de que los rodeamos, por la importancia que cada uno de nosotros les atribuye, por el violento estremecimiento que manifestamos cada vez que estamos en presencia del sacramento político (la bandera, el jefe, el

eslogan). Podemos argumentar que el fundamento para ello es la situación real del Estado en expansión. Es verdad. Pero este Estado no tiene otros poderes que los que le reconocen los individuos. No quiero decir que existe en virtud de lo que le atribuimos, sino más bien como una consecuencia de nuestras lealtades y pasiones. Pero la solución propuesta por Marx como respuesta para la alienación política ya no sirve. Ya no es suficiente que un hombre le niegue al Estado su confianza o que rechace su autoridad (como ya lo ha puntualizado el padre Suárez) para que el Estado aparezca abiertamente como una mera ficción. En la actualidad, la cristalización de las estructuras políticas, los cursos de acción cada vez más diversos por parte del Estado y la creación de una nueva clase política son fenómenos irreversibles en la medida en que existen; sea como fuere, nuestros sentimientos personales no pueden modificarlos.

Por lo tanto, nuestras pasiones sólo pueden reforzar y en ningún caso debilitar los asuntos políticos. Siguiendo este camino, y para poder sobrevivir sin sufrir una división interna, estamos obligados a atribuir gran sentido común a los conflictos políticos y, en dirección inversa a la que ha seguido tradicionalmente el hombre en estos asuntos, a saltar de una esfera política cada vez más amplia a la metafísica, de una historia politizada a la metahistoria, que no sabe de milagros ni conoce límites. Más aun, en lugar de sentir una presencia reconfortante esa experiencia que tanto desean las personas creyentes, el hombre experimenta la fe y la conversión religiosa gracias a su participación en la política. Lo que perdió la iglesia lo encontraron los partidos políticos, al menos aquellos que merecen ese nombre. La fe en objetivos alcanzables, en el mejoramiento del orden social, en el establecimiento de un sistema justo y pacífico a través de medios políticos es una característica muy profunda e indiscutidamente novedosa de nuestra sociedad. Entre las numerosas definiciones básicas del hombre, dos se unen en este punto: el *homo politicus* es, por su misma naturaleza, *homo religiosus*. Y esta fe toma forma en virtudes activas que sólo pueden despertar los celos de los cristianos. Veamos cuán plenos de devoción se encuentran, hasta qué punto están imbuidos de espíritu de sacrificio estos hombres apasionados a los que la política obsesiona. Pero la gente nunca se pregunta si esto vale la pena o no. Como son tan devotos, invisten con su Pasión al objeto al cual sirven. De este modo, se rinde culto a la nación porque por ella se han sacrificado millones de seres. Su valor es indiscutible, dada la cantidad de personas que accedieron a morir por ella (¿realmente lo hicieron?). Lo mismo sucede con el Estado, con la independencia nacional o con el éxito de una ideología política.

Quienes experimentan una devoción semejante no dejan de tener su compensación o beneficio: aquí encuentran la confraternidad que no tenían en ningún otro lugar. Sea en el área de la actividad política o en la Resistencia, o en la indiscutida solidaridad que reina entre los parlamentarios, o en las células comunistas o en los grupos de la DAS, o en las multitudinarias, solemnes y vibrantes asambleas en defensa de la república el hombre experimenta la comunión que indudablemente necesita, pero que ya no encuentra en el seno de su familia, en su vecindario o en su trabajo; un objetivo común, un movimiento importante y popular en el que pueda participar, en el cual haya camaradería, un lenguaje especial, una particular visión del mundo. La política le ofrece estos atractivos y estos símbolos, estas expresiones indispensables de comunión.

Estos son, a mi criterio, los distintos aspectos de la politización, que conforman un todo. Pero aún nos resta descifrar si el hombre, una vez politizado, no se convierte en víctima de un engaño, no queda atrapado en un *cul de sac*.

Contrariamente a lo que acabamos de expresar, algunos hablan hoy de la despolitización del hombre. Pero basta con observar la inquietud manifestada por los científicos y ensayistas políticos que analizan esta despolitización para entender hasta qué punto se ha llegado a valorar la política. Si el hombre se hubiera despolitizado, ¡qué desastre!; es como si dejara de ser un artista, inteligente

o sensible. ¿Despolitizado? Desaparecería una dimensión íntegra del hombre. Obviamente, los asuntos políticos no son ni un juego ni una actividad pragmática útil, que sólo posee cierta importancia; representan un valor genuino y aparentemente otorgan al hombre la capacidad de regir su propio destino. Pero, en mi opinión, si es cierto que la despolitización no es más que un fenómeno pasajero y local, debe entenderse en cualquier caso que sólo se la podrá comprender relacionándola con la politización. Dado que probablemente el hombre moderno está más politizado de lo que lo estuvo nunca antes, cualquier retracción de los asuntos políticos se hace visible y notoria, y la vivimos como un retroceso. Pero no es sólo en relación con el curso general de la politización como podemos comprender la despolitización; ésta se da también al compás de la politización. No es un fenómeno de la misma magnitud: es más limitado que la politización, sólo influye sobre ciertas áreas, ciertas formas de conducta y ciertas actitudes. Por otra parte, la politización afecta la concepción íntegra de la vida real e incluso llega a dar a la despolitización un significado diferente del que parece tener a simple vista.

Para analizar más detalladamente la naturaleza de la despolitización debemos hacer ciertas observaciones: por una parte, existe cierto grado de despolitización que ha tomado la forma de “desparticipación”, “desideologización”, “despartidarización” y cierto rechazo al hecho de votar. Por otra, hay cierta apolitización de nuevos grupos que ocupan los espacios dejados por antiguos grupos políticos debilitados, y un creciente interés en los problemas políticos. S. M. Calvez lo ha expresado muy bien: “Una mente politizada no es lo contrario de una mente despolitizada. Una mente politizada es una mente invadida, abrumada, pasivamente sumisa, incluso cuando esta sumisión provoca agitación y violencia”.(7)

Por otra parte, no podemos aceptar la presencia de ninguna despolitización. La mayoría de los autores que luchan con el problema (muchos de los cuales están convencidos, a priori, de que existe despolitización) admiten que el término abarca realidades variables (la izquierda se queja de la creciente apatía de sus militantes, los partidos deploran la pérdida de afiliados, etcétera), pero, fundamentalmente, se considera la despolitización como una declinación de la participación política en su sentido más antiguo y tradicional, no como la negación de toda participación (Calvez). Esto es verdad aun cuando existe cierta forma de escepticismo o indiferencia con respecto a la actividad política (Merle), una “relativización de las cuestiones políticas” (André Philip), o “una existencia política empírica que es ambigua, prudente y levemente graciosa” (George Lavau). Todo esto no implica una despolitización genuina, y, sobre todo, no significa una ruptura en el fenómeno de politización tal como lo hemos definido anteriormente. La despolitización, tal como la tratan la mayoría de los científicos de la política, tiene que ver exclusivamente con una participación real de naturaleza democrática. Así, por ejemplo, el grado más alto de politización se alcanza al ponerse en manos del Estado no por descuido, sino por lealtad (Alfred Grosser); de la misma manera, en una democracia la politización, en su acepción general de vida social, es más importante que la participación en asambleas electorales. Se pueden dar, en forma simultánea, el desinterés respecto de la política y la sobrevaluación de las cuestiones políticas. Puede haber una “desideologización” de las controversias mediante el abandono de antiguas doctrinas y, al mismo tiempo, una “mitificación” del Estado y una aprehensión emocional de sus problemas. En tales circunstancias la despolitización es superficial y tan pronto como cambien las circunstancias reaparecerá una violenta y masiva “repolitización”, del mismo nivel de actividad en el cual había sido, aparentemente, abandonada.(8)

El punto consiste en tratar de penetrar en una cierta realidad de las cuestiones políticas dentro, pero también fuera, de la filosofía de la política, fuera del “marco de una concepción positiva de la historia, ese refugio imaginario al que somos conducidos tanto por la teoría del proletariado como clase universal como por la idea religiosa del advenimiento del espíritu”, expresada en la notable

fórmula de Clement Lefort.(9) Aquí la clave está en rechazar al mismo tiempo tanto la convicción de que las cuestiones últimas reciben su respuesta como la convicción de que no existe nada salvo cuestiones de hecho. Además, estas dos tendencias apuntan a un mismo resultado, como lo destacó Lefort: "La reflexión política tiene lugar en un espectro limitado [...]. La ciencia política y la ideología marxista se han transformado en dos ejemplos de conservadorismo contemporáneo".

La política como solución general

Un aspecto adicional de la ilusión política se cifra en la convicción, arraigada en el alma del hombre occidental moderno, de que, en última instancia, todos los problemas son políticos, y solucionables solamente por vías políticas. Sin necesidad de repetir lo que ya he mencionado con respecto a esta creencia del hombre moderno, o sobre la influencia del pensamiento leninista en este sentido, simplemente detengámonos en un ejemplo: Todos sentimos que cuando un hombre es "malo", "la culpa es de la sociedad".

Los estudios sobre delincuentes y sobre otros elementos antisociales no tienen otro fin que el de demostrar que "la culpa no es suya". La culpa y la responsabilidad recaen en el entorno, en el cuerpo social, en los padres, en las condiciones de vida, en el cine, en las circunstancias. En todos nosotros. Todos somos asesinos. A la inversa, la gente está convencida de que si la sociedad fuera lo que realmente debería ser no habría delincuentes u otros elementos antisociales. ¿Y quién a criterio del hombre moderno común debería reorganizar la sociedad de tal manera que se convirtiera por fin en lo que debería ser? El Estado, siempre el Estado. De este modo, toda la problemática de la moralidad revierte sobre el Estado, y hasta los que no son marxistas piensan así. La moralidad, al igual que los valores, reside en el ámbito de la política. Queremos alcanzar la justicia, la libertad, e incluso a través de la ciencia y la información la verdad. Pero, ¿cuál es la actitud del hombre común frente a estos objetivos? No hay en su mente duda alguna de que el Estado puede y debe alcanzarlos. Ese Estado debe asegurar la justicia social, garantizar la veracidad de la información, proteger la libertad (lo cual apunta a la admirable frase de Tito: cuanto más poderoso es el Estado mayor es la libertad). El Estado como creador y protector de los valores: a esto apunta la política.

Con todo, en todas estas esferas nos enfrentamos a la ilusión más trágica del presente. Es verdad que la política puede solucionar problemas administrativos, problemas sobre el desarrollo de una ciudad, u otros que tienen que ver con la organización económica en general, lo cual constituye un logro sustancial. Pero la política no puede en ningún caso ocuparse de los problemas personales de los hombres, como, por ejemplo, el bien y el mal, o el sentido de la vida, o las responsabilidades que conlleva la libertad. Obviamente, también sabemos que todos estos temas carecen de importancia a juicio de la mayoría de las personas. Que así sea. Pero entonces no habría que discutirlos y no tendríamos por qué soportar continuamente historias acerca de torturas, cierre de diarios, democracia, dado que todo ello sólo tiene sentido si el bien y el mal, si la verdad y la justicia o si el sentido de la vida y la responsabilidad poseen un valor personal. Sin este elemento, el torturador y el torturado son enteramente impersonales, y el hecho de protestar, condenar o glorificar algo carece hasta del menor sentido. Aquellos que discuten la aplicación de la tortura presuponen que tiene un sentido personal y no tan sólo colectivo. Pero si éste fuera el caso no podría arribarse a solución alguna por canales políticos, por acción política o por una transformación del Estado. De hecho, si uno deja de lado las explicaciones mitológicas al estilo del posmarxismo o del marxismo inconsciente, el entusiasmo con que cada uno ha llegado a esta conveniente solución, ya se trate de intelectuales existencialistas, hombres de negocios reaccionarios o radicales pequeño burgueses, pone en evidencia una preocupación común: evadir la

responsabilidad personal en tales asuntos. La convicción de que los problemas profundos de los individuos, como la realización externa de los valores, son un asunto colectivo y social y que hallarán su solución en el ámbito de la política sólo es una apariencia engañosa de lo que en verdad es la capitulación de cada persona con respecto a su propia vida. Ante mi incapacidad de actuar bien en mi propia vida insisto en que el Estado lo haga en mi lugar, por poder. Ante mi incapacidad de comprender la verdad le pido al gobierno que lo haga en mi lugar; de este modo me libero de una ardua tarea y consigo mi verdad ya elaborada. Ante mi incapacidad de hacer justicia personalmente, espero que exista una organización justa a la que sólo tengo que unirme para salvaguardar la justicia.

La perfectamente convincente demostración de Dios de Paul Johann Feuerbach puede aplicarse hoy al tema que ha sustituido a la problemática de Dios en la conciencia del hombre moderno, i.e., el Estado. Los motivos, los procesos, los misterios que llevaron a los hombres a aceptar la religión y a esperar que Dios realizara lo que ellos eran incapaces de hacer, son los mismos que los conducen en la actualidad hacia la política y que hacen que esperen esas cosas del Estado. "Pero" se aducirá "a través de la política al hombre se lo impulsa a actuar por sí mismo, a sacrificarse, a ser el artífice de su propio destino". Se olvida fácilmente que en la religión el hombre tampoco era absolutamente pasivo; tenía un alto grado de participación y sobre todo de sacrificio, y se comprometía al máximo de sus posibilidades. Y, al observar la política contemporánea, hemos visto ya cuán poca influencia logra tener el hombre realmente sobre su propio destino por su intermedio. En realidad, no espera alcanzar sus objetivos a través de la política o de cualquier persona, sino más bien mediante un poder misterioso y superior, investido de cualidades indefinibles como la soberanía, un poder que transforma, como por arte de magia, los esfuerzos más insignificantes de un ciudadano en algo eficiente, positivo y absoluto. Así como la oración liberará fuerzas trascendentales, el voto pondrá en acción la voluntad soberana. Pero este último supuesto no es más razonable que el primero. Todos estamos de acuerdo en que la voluntad soberana no es simplemente la suma de las voluntades individuales. Este es en realidad un fenómeno religioso. De este modo, el compromiso político es comparable con una religión. Más aun, ambos términos tienen el mismo significado general de "atar al individuo" (in vt-diam, religare). Esto se transforma en una verdadera huida de uno mismo, del propio destino, de las propias responsabilidades. Por una parte asumimos las responsabilidades personales, colectivas y sociales, pero jamás dejan de ser sustitutivas y secundarias, externas, incluso cuando el individuo se sumerge completamente en ellas. En ningún caso representan algo más que una mera distracción, y sólo las toman en serio quienes se ocupan de las ciencias de la conducta. Por otra parte, en la confrontación con nosotros mismos, rechazamos, escondemos y evitamos toda responsabilidad inmediata para con nuestro vecino. Observamos aquí la misma mistificación, pero ahora en sentido contrario, como cuando el marxismo expresaba, con justa razón, que las virtudes personales hacían que el hombre pudiera eludir sus responsabilidades colectivas, o que la caridad le permitía olvidarse de la justicia. Tales críticas se justificaban en el siglo XIX. En la actualidad el problema ya no es éste, dado que el mismo fenómeno se produce ante nuestros ojos, pero en sentido contrario. Imputar al organismo social la solución de todos nuestros problemas personales y la realización de todos nuestros valores significa desligarnos de los problemas de la condición humana.

Este mecanismo, derivado de la politización, presentados aspectos: primero, que nadie es verdaderamente responsable de la justicia, de la verdad y de la libertad o que nadie tiene una obligación real con respecto a ellas, que corren por cuenta de las organizaciones, u sea, son un asunto colectivo. No es "yo hago", sino más bien "alguien hace". Si no logramos plasmar nuestros valores, si las cosas funcionan mal, esto significa que la organización es mala o que hay un

saboteador, un demonio que me impide ser justo, de acuerdo con lo que la sociedad considera objetivamente como justicia. Entonces acusaremos a este enemigo, y también al pudor del Estado, porque éste tiene el deber de proveer una organización justa y de eliminar al vil enemigo. Esta huida constante de la obligación personal de lograr por uno mismo lo que esta bien y lo que es justo está acompañada frecuentemente, en el caso de los cristianos y de los intelectuales, por un vicio consecuente: el de insistir en la responsabilidad universal. Considerarse personalmente responsable de las torturas en Argelia mientras se es profesor en Bordeaux, o del hambre en el mundo o de los abusos del racismo en diversos países, es exactamente lo mismo que rechazar toda responsabilidad. Lo que caracteriza a este tipo de actitudes es la impotencia frente a la realidad: yo en realidad no puedo hacer nada acerca de estas cosas, salvo firmar manifiestos y formular declaraciones o alegar que actuó a través de canales políticos y que instauró un orden justo con la ayuda de alguna abstracción. Decir que todos somos asesinos significa que nadie lo es individualmente, que yo no lo soy. Admitir que tengo parte de la responsabilidad por todo el mal que se hace en el mundo significa que me aseguro una conciencia tranquila incluso si no hago todo el bien que está a mi alcance. Admitir que soy una mala persona porque siendo francés estoy involucrado en los actos de todos los franceses en Argelia implica que personalmente eludo el menor esfuerzo para dejar de serlo y, más aun, que lo hago con el menor costo posible, por ejemplo, afiliándome a un partido político o gritando en las calles; además, estoy seguro de estar del lado correcto, allí donde están aquellos que “desean que los franceses” dejen de ser malas personas. Es obvio que las exigencias que nos imponía la religión eran más estrictas, y toda esta proclamación de escrúpulos, conciencia culpable y responsabilidad dividida se resuelve. Prontamente en la declaración de que el villano está en la vereda de enfrente, en el FLN o en la DAS o en el partido comunista. Y las mismas personas proclaman ambas cosas, sin darse cuenta de la contradicción. Esa contradicción revela que, en este caso, nos las estamos viendo con un mito.

El segundo elemento mítico inherente a la politización de los problemas y valores deriva de la facilidad con la que todas las cosas se dejan para mañana o para pasado mañana. Dado que la justicia es un asunto político, y eventualmente surgirá como resultado de alguna nueva organización, ¿por qué no esperar hasta mañana? La gente dice: “Hoy sólo estamos en una etapa de preparación, en la búsqueda de medios; estamos recorriendo caminos sinuosos, pero la dirección seguramente es la correcta. Hay injusticias, pero sólo mientras aguardamos una justísima acabada. Si bien destruimos libertades, estamos preparando el camino para la libertad más perfecta. Hoy le estamos pidiendo a usted, el militante, en este mismo momento, que mienta, mate, encarcele, pero será absuelto de estos actos por los grandiosos resultados que habrán de sobrevenir”.

“Usted nunca llegará a ver estos resultados, dado que una, dos o tres generaciones deberán ser sacrificadas, pero tenga la seguridad de que su sacrificio no habrá sido en vano; la injusticia que ahora sufre quedará ampliamente compensada por la justicia que habrá de llegar”. Aquí nos enfrentamos con el aspecto individual, moral y psicológico del problema ético general de los fines y los medios. Y, con admirable facilidad, todos evitamos el cuestionamiento personal de nuestra propia conducta politizándola. Cuando más lejos en el futuro esté la solución, más lícito será todo en el presente.

Jouvenel⁽¹⁰⁾ nos recuerda acertadamente que “el mito de que existe una solución entorpece nuestra comprensión de la política, y en todos esos asuntos sólo pueden lograrse arreglos precarios utilizando medios políticos”. Un problema se compone de hechos concretos y conocidos y, por lo tanto, puede ser resuelto: debe existir una solución para cada problema aritmético. Pero una situación política no responde a ese orden; lo que la hace política es “precisamente el hecho de que el marco de referencia en el cual se da no permite una solución en el sentido estricto de ese término. Un problema verdaderamente político surge cuando los hechos dados resultan contradictorios, es

decir, cuando es insoluble”. Un problema político sólo permite un ajuste, en ningún caso una solución. Puede haber compromiso, conciliación, varios métodos de ejercicio de la autoridad, etcétera. Pero éstas no son soluciones. Aun así, el hombre moderno demanda cada vez más soluciones. Los técnicos insisten en formular los problemas de la sociedad como si fueran problemas concretos que permitiesen soluciones concretas. El mito de las “soluciones” aparta cada vez más de nuestra conciencia la relatividad, es decir, la naturaleza limitada, de todo esfuerzo verdaderamente político.

Hay un aspecto final: la politización de un problema genuino y real nos permite evadir su realidad, su profundidad, sus aspectos humanos.(11) En la esfera política, lo que se dice y hace debe ser justo, a pesar de que no se preste atención a los valores individuales o humanos. Pero cualquier intento de considerar lo individual como un valor humano hace imposible pensar en el problema en términos políticos. El Tercer Reich no dudaba de que el problema judío debía ser “resuelto”. A los ojos de los jefes nazi será un problema político. Por lo tanto, podían dar la orden abstracta de perpetrar la matanza. Pero todos los historiadores del Tercer Reich informan que Himmler se desmayó cuando vio unas docenas de judíos asesinados. En ese punto, el asunto se había vuelto tremendamente humano. Pero en el curso normal del proceso político, los aspectos humanos generalmente se esconden. La celebración del Canal del Don tendió un velo sobre el hecho de que la construcción insumió 100.000 vidas. La guerra de Argelia demostró claramente esta función de la politización.

De hecho, en la actualidad el enfoque político permite a las personas evadirse del tema de los valores, anular la realidad de las situaciones humanas que son individuales y, en consecuencia, han dejado de despertar interés. Aquello que es verdadero y real se esconde detrás de la política; las personas llevan rótulos y discuten tranquilamente sobre planes y revoluciones futuras. Las consideraciones políticas nos permiten pensar que poseemos “la solución general”, dado que nos permiten deshacernos de golpe de toda realidad humana y de la búsqueda de la verdad.

La política como medio para alcanzar los valores

En relación con el tema de la justicia,(12) es ilusorio pensar que puede alcanzarse por medio de una organización política, cualquiera que sea su naturaleza. En primer lugar, los conceptos de justicia y el contenido de éstos varían enormemente según las civilizaciones, y lo mismo sucede con los puntos de vista individuales. Los comunistas insisten en que la justicia burguesa sólo es una justicia de clases. Ahora bien, puede demostrarse que los mismos aspectos clasistas con respecto a la justicia prevalecen en la Unión Soviética o en China. Dejemos de lado, pues, el problema de la justicia desde el punto de vista jurídico e incluso el de la justicia social, cuyas ambigüedades son bien conocidas. Limitémonos a analizar solamente dos aspectos que caen dentro de la esfera de la política: la justicia de opinión y la justicia de decisión. Estas, obviamente, sólo marcan “periodos” en los asuntos políticos, pero, si dejamos de lado la idea de que algún día, en forma imprevista, el Estado creará una sociedad perfecta en la que la justicia sea absoluta (según la concepción de los utópicos y de la mayoría de los militantes, lo que prueba que han sido influidos por la propaganda), también debemos admitir que en lo que respecta a las cuestiones políticas la justicia en realidad se expresa en forma fragmentada, en cierto modo profética, aquí y ahora, en una decisión justa, en una opinión justa. Esta es la justicia a la que puede aspirar la política y, en el mejor de los casos, la que podrá alcanzar.

Comencemos por tomar un ejemplo quizás extremo delo que sería justicia de opinión. ¿Cómo puede atribuirse justicia al régimen de Hitler? Por cierto, todo lo que se dijo de éste fue cierto y

absolutamente merecido. Pero, preguntémonos qué habría sucedido si hubiera triunfado Hitler. Jamás habiéramos sabido nada sobre los campos de concentración, matanzas o experimentos con seres humanos. En cambio, los crímenes perpetrados por Stalin en 1945 sí se habrían descubierto, y hasta se lo habría considerado un criminal de guerra. Se habría culpado a los rusos de genocidio por sus campos de concentración, por sus matanzas en los países del Báltico, Ucrania y Rumania. (Recordemos que de los 100.000 soldados alemanes capturados en Estalingrado y deportados desde allí volvieron apenas menos de 5.000, los demás murieron en los campos rusos!) De haber triunfado, el concepto del hitlerismo se habría ido suavizando gradualmente, después de haber sido eliminados todos los elementos que había que eliminar, tales como el comunismo. Y diez años después la moderación de los jefes, que para entonces ya habrían disminuido la presión, habría sido admirada. Históricamente, la lucha de razas habría ocupado el primer lugar, desplazando a la lucha de clases, la doctrina nazi se habría profundizado y ampliado, eminentes filósofos, como Heidegger, hubieran aportado su grano de arena para ello, y el marxismo habría dejado de ser foco de atención de los intelectuales. Los cristianos, después de haber sido enemigos acérrimos de la doctrina nazi, habrían comenzado a preguntarse gradualmente sobre la necesidad de seguir oponiéndose al hitlerismo, del mismo modo como llegaron a dudar sobre la necesidad de oponerse al marxismo, el cual ha dejado de irritar la conciencia cristiana. Y gracias a la propaganda, porque el mundo no habría conocido nada sobre el comunismo excepto sus crímenes no habría sabido nada sobre su amor por la justicia, nada sobre el progreso económico en la Unión Soviética, y puesto que la gente se habría sumergido para siempre en la ideología nacionalsocialista, esta última habría parecido perfectamente justa al cabo de diez años, y los notorios crímenes nazis se habrían olvidado.

Este ejemplo exagerado y los cambios de actitud hacia el comunismo entre 1939 y 1950 probablemente bastan para hacer razonable esa descripción nos recuerda que el concepto de justicia en la opinión pública está sujeto a fluctuación, indecisión y variación extremas de acuerdo con las circunstancias, inclusive cuando se apoya sobre los máximos soportes doctrinarios. Precisamente esta vacilación se puso de manifiesto durante los años conflictivos de la guerra en Argelia. La justicia de la propia causa, invocada por ambos bandos, no fue otra cosa que un pretexto para encubrir opiniones políticas.(13)

Aquí no tratamos simplemente de la naturaleza fluctuante de la opinión pública, sino también de la extraña mezcla de ideas, influencias, prejuicios, justificativos y nociones irracionales que llamamos “nuestras” opiniones. Las mismas personas que se opusieron a un poder personalizado en el caso de De Gaulle en 1962 se manifestaron en favor de tal personalización en el caso de Ben Bella. Inmediatamente se dirá: “¡Eso no tiene nada que ver! Esa personalización del poder es reaccionaria en el caso de DeGaulle y progresista en el de Ben Bella”. Estas no son más que palabras. En el caso de Stalin ¿la personalización del poder era reaccionaria? Así lo piensan las mismas personas que la condenan en el caso de De Gaulle. Y, objetivamente hablando, no lo fue, ya que, dejando de lado todo lo que se ha dicho sobre el tema, ese poder personalizado permitió a la Unión Soviética recorrer el camino hacia el socialismo y alcanzar un estado considerado por Krushchev como cercano al comunismo. ¿Qué rectitud de juicio poseen estas opiniones? Como corolario podemos afirmar que una opinión justa en el terreno de la política es necesariamente partidaria y que, por lo tanto, no puede ser justa por sí misma, sea cual fuere la definición que queramos atribuir a la palabra.

En relación con el segundo aspecto de la justicia política, es decir, las decisiones políticas justas, en cuestiones políticas la justicia no es una cuestión de objetivos o situaciones sino una cuestión de momentos. La factibilidad de que una decisión o solución política sea, de hecho, justa o injusta depende del momento en el cual se la lleve a cabo, y no del concepto de justicia o de la buena

voluntad o inclinaciones políticas de aquellos que la tienen a su cargo. Supongamos, por ejemplo, que puede encontrarse rápidamente una solución justa para un problema político delicado cuando éste recién comienza a aparecer y el asunto está aún en proceso de formación, antes de que se haya desarrollado plenamente, antes de que haya comenzado la batalla, de que todo el asunto haya sido atrapado en un mecanismo inexorable. Se debe tomar una decisión antes de que se produzcan actos irreparables o de que la opinión pública haya entrado en acción. En el primer caso se habría llegado a una situación de fuerza, y de demandas que serían rechazadas o insatisfactorias; en el segundo, la opinión pública habría expresado su deseo de justicia y se habría puesto de manifiesto la pasión política; a partir de ese mismo momento toda solución justa será imposible. Un ejemplo de lo primero: el régimen de Hitler podría haber sido eliminado sin demasiadas complicaciones durante el período 1934-35 y la crisis resultante, discutida en profundidad, habría servido para sanear la vida política de Alemania y, probablemente, habría permitido una reconstrucción del país.⁽¹⁴⁾ Sin embargo, después de 1936 no fue posible ninguna solución política justa. Un ejemplo del segundo caso es la relación entre los pueblos occidentales y el mundo árabe. En 1918 habría sido factible encontrar una posición sensata y establecer verdadera justicia en el Cercano Oriente, pero a partir de 1919 ya no lo fue. Lo mismo sucedió con la guerra en Argelia; una solución justa y satisfactoria en términos generales era indiscutiblemente posible en 1954-55, pero después de 1956 ya no se pudo alcanzar solución alguna. De allí en adelante, o bien el FLN tenía que ser aplastado y millones de árabes asesinados u los europeos debían ser sacrificados como consecuencia del triunfo del FLN (que fue lo que en realidad sucedió). Una partición ya no habría sido justa, puesto que los musulmanes habrían sido relegados a regiones económicamente más pobres.

Pero si este análisis es correcto, ¿en qué condiciones se puede aplicar una solución justa desde el comienzo, tan pronto como un problema político comienza a manifestarse? Aparentemente hay tres condiciones. La primera es la capacidad intelectual suficiente para anticiparse al problema mucho antes de que surja, para poder predecirlo que amenaza con transformarse en un problema a partir de un conjunto de indicadores que son, por lo general, poco importantes. Una previsión semejante no es necesariamente profética ni sobrehumana. Un científico político capaz y bien informado puede pronosticar ciertos acontecimientos con exactitud. Pero vemos continuamente que, al parecer, cada vez se presta menos atención a esos esfuerzos.

En segundo lugar, una solución justa requeriría la capacidad de llevar a cabo acciones que no se requieren aquí y ahora. En efecto, no sería necesario intervenir en una situación que está en proceso de desarrollo, ya que la participación parecería, de hecho, gratuita (mientras que nuestra actitud presente indica que hay cientos de hechos urgentes que nos presionan y demandan nuestra atención). Pero una solución justa sólo puede alcanzarse si se da una amplia gama de posibilidades. Si, como resultado del curso de los acontecimientos, las distintas opciones han sido progresivamente eliminadas hasta que sólo queda una, que se impone inexorablemente, esa solución será siempre una expresión del poder más fuerte que la sustenta, y en ningún caso puede ser justa. Una solución impuesta por necesidad en los asuntos políticos no puede ser justa.

Un tercer elemento indispensable para cualquier solución política es la generosidad. Aquel que se siente dueño de la situación debe ser generoso con el más débil. Una solución justa sólo puede alcanzarse si el más fuerte logra la plena comprensión de la verdadera situación del más débil, no con el fin de dominarlo sino para ayudarlo al máximo. La eliminación del régimen de Hitler en 1935 sólo habría sido justa si el resto de Europa hubiera dado a Alemania una mejor calidad de vida económica y política. La solución en este punto habría sido probablemente una Europa unificada.

Pero aparentemente es imposible que estas tres condiciones se cumplan. Cuanto mayor es el poder de los técnicos, mayor se hace también la previsión tecnológica y, en menor grado, la económica, pero siempre a expensas de la previsión política. Parecería que hay una contradicción

entre el orden tecnológico y los métodos adecuados de predicción política. Por ejemplo, es alarmante la esterilidad que caracteriza a todos los estudios relacionados con estadísticas políticas. La predicción no matemática no está bien vista en nuestros días: se considera que no es científica y, por lo tanto, se la tilda de incierta. Esta es una crítica aniquiladora que implica, a su vez, que ya no se valora el verdadero pensamiento político.

Dada la atención que debe prestarse a la opinión pública, el segundo requisito es aun menos posible que los otros dos. ¿Se podría haber llegado en 1934 a una solución justa con respecto a Hitler? Indudablemente sí, pero la derecha francesa habría vociferado que se trataba de una injusticia; la izquierda en ningún caso quería arriesgarse a una guerra, y la opinión pública en general no quería problemas, sino comodidad y paz. En tales condiciones ¿porqué mezclarnos en algo que no era de nuestra incumbencia? ¿Se podría haber alcanzado alguna solución en Argelia en 1954? Por supuesto que sí, pero los europeos argelinos no querían hacer concesiones y la mayoría del pueblo francés no veía por qué había que tomar en serio a “esta gente”. En realidad, dado el rol peculiar que desempeña la opinión pública en los asuntos políticos, su inercia paraliza cualquier esfuerzo *desde el comienzo y una vez que tal opinión pública entra en acción*, inmediatamente toma partido e insiste en soluciones injustas: en general, en parte debido a que las personas reciben torrentes de información y datos sobre hechos corrientes, cualquier asunto que no haya adquirido aún envergadura y que no se haya transformado en algo irreversible no puede ser tomado en serio. Las personas no pueden interesarse seriamente en los indicios que revelan el surgimiento de un drama; no aceptan someterse a ningún sacrificio en aras de la justicia. Son incapaces de hacerlo en tanto tengan libertad de elección. Pueden soportar el peso de cualquier sacrificio, pero sólo cuando el drama ya los haya alcanzado del todo, cuando el monstruo llame a sus puertas, cuando lisa y llanamente, la necesidad así lo requiera y cuando ya hayan absorbido toda la propaganda, es decir, cuando ya no sea posible una solución justa.

El problema de si determinados valores pueden alcanzarse o no a través de la política puede enfocarse desde otro punto de vista. Existe una contradicción fundamental entre la política y la justicia. La política, como ya lo dijimos, sólo puede actuar con fuerza material o psicológica por medio de la represión espiritual, ideológica o policial. Una jugada política bien dirigida no puede producir otra cosa que poder; las instituciones creadas por éste no son otra cosa que fines o instrumentos de ese poder. No obstante, podríamos preguntarnos, ¿acaso el ciudadano interesado en la política no desea que este poder esté controlado, antes que verlo en expansión? Esto es una gran ilusión. Cuanto más politizado esté un individuo, más considerará todos los problemas como si fueran problemas políticos, más importancia atribuirá a la acción política y más pensará que ése es el único camino a seguir y, con su actitud, le asignará el máximo poder y efectividad. Al mismo tiempo, cuanto más politizado esté, más se orientará hacia la fuerza y forma política básica: el Estado, y más se concentrará en ella. Cuanto más recurra al Estado, mayor será el poder que le otorgue. Para él el único problema es: ¿quién controlará al Estado? ¿Será su partido? Si es así, entonces todo estará bien. ¿Será el otro partido? En ese caso las cosas marcharán mal, Pero lo que jamás considera es la reducción del Estado en si mismo; todo lo contrario. Sólo piensa en reemplazar a los funcionarios principales. Ninguna minoría desea reducir el poder del Estado. En los últimos cincuenta años se ha demostrado que cada una de las minorías que llegan al poder aumenta el poder del Estado para evitar que sus adversarios derrotados utilicen los mismos medios de que ellos se valieron para alcanzar la cumbre. En cada uno de los estratos se aumenta el poder del Estado. La gente que se halla bajo el hechizo de la política aspira cada vez menos a controlarlo; como lo politiza todo, le parece normal que el Estado expanda permanentemente su campo de acción y que agregue sin cesar instrumentos de poder. Esto es, a su criterio, legítimo, dado que considera que todo se solucionará con la acción política.

Todos los fenómenos que hemos mencionado se pueden ver aquí: la autonomía de los asuntos políticos con respecto a los valores morales; el conflicto entre los valores y el creciente poder del Estado; la conexión entre los medios y los fines. Esta combinación revela cuán trágicamente ilusoria es la creencia de que la justicia, la verdad o la libertad pueden alcanzarse confiando estos valores al Estado.

Se podrá objetar que los ejemplos que doy son parciales, que mis consideraciones son demasiado duras y que las actividades políticas no son así en todas partes ni siempre, que son más diferenciadas, que los abusos no constituyen ejemplos y que, en todo caso, la democracia inglesa y la norteamericana son completamente distintas. Es verdad. Pero todos los hechos significativos apuntan a una misma dirección. También es una característica de nuestro desarrollo político actual que haya cada vez más gobiernos militares, que no son ni dictaduras ni democracias, que se están estableciendo en un número creciente de países. Debemos evaluar los hechos que atañen al futuro; lo que realmente cuenta es eso y no la precaria preservación corriente de democracias parlamentarias y de tradiciones liberales.

* Traducido de, K. S. Templeton (Jr.) y B. M. Hartwell (comps.) *The Politization of Society*, Liberty Press, Indianapolis. Derechos cedidas por Liberty Fund, Inc., Indianapolis, EE.UU.

(1) Francois Bourricaud, *Esquisse d'une théorie de l'autorité*, Plon, Paris, 1961, p.326.

(2) No nos hemos referido en este punto al elevado nivel de vida del país que ha permitido el desarrollo de una verdadera democracia, el establecimiento de un gobierno estable y el desarrollo de técnicas sociopolíticas.

(3) Milovan Djilas, *The New Class*, Frederick A. Praeger, New York, 1957.

(4) Jacques Ellud, *Propaganda*, Alfred A. Knopf, New York, 1964, cap. IV.

(5) Talcott Parsons, *The Social System*, The Free Press, Glencoe. III., 1951, p. 126.

(6) El término "políticas" debe considerarse aquí en su sentido preciso y limitado, i.e., en relación con el Estado y no sólo con cualquier poder o cualquier actividad social. La definición de Max Weber es clásica y excelente: "La política es el liderazgo por parte de un órgano político llamado Estado, a cualquier influencia ejercida en tal aspecto". También estoy de acuerdo con Weber en cuanto a que el Estado puede definirse en términos sociológicos sólo por su medio específico, que es la fuerza. Obviamente, la fuerza no es el único medio normal del Estado, pero es su medio específico y exclusivo. También es aceptable la definición de política de Francis Goguet y Alfred Grosser (véase *La politique en France*, A. Colín, Paris, 1964): "La totalidad de los modelos e instituciones del comportamiento relacionados con los asuntos públicos que contribuyen a crear poder, a controlar las acciones a través de dicho poder y por último a tratar de reemplazar a aquellos que la ejercen".

(7) Extraído de un artículo por S. M. Calvez en Georges Vedel (comp.), *La dépolitisation: mythe ou réalité*, A. Colín, Paris 1962.

(8) En relación con esto, véase David Biesman, "Criteria for Political Apathy", quien piensa que la participación visible en las elecciones y la expresión pública de las opiniones políticas pueden esconder una profunda indiferencia política y una ausencia de compromiso político.

(9) Clement Leior, "La pensée de la politique", *Lettres nouvelles*, 1963.

(10) Bertrand de Jouvenel, *De la politique pure*, Calmann-Lévy, Paris, 1863 PP.248 ss.

(11) Cuán acertada es aquí la fórmula de Rubel: "La conquista del poder político es un cebo y una trampa: es la muerte del movimiento laborista" (*Arguments*, N° 25).

(12) Podríamos tomar otros valores también: por ejemplo, la libertad. Entre los innumerables tratados sobre la libertad, no puedo evitar referirme al de R. Ikor que, si bien es muy preciso, muestra una notable ignorancia con respecto a la naturaleza del Estado moderno o a la del Estado más reciente. ¿Ikor

cree que desde 1789 la libertad ha sido alguna vez más que un favor revocable? ¿Y puede imaginar una estructura estatal moderna, tecnológica, en la cual la libertad no sea exactamente eso? ¡Qué inocencia!

(13) Véase el excelente artículo, de *Esprit* con respecto a ese tema.

(14) Después de las devastaciones de la guerra y de las aberraciones políticas. (N. del T. de la edición original).